

LA VANGUARDIA

Presidente del Consejo de Administración de T.I.S.A.:
Don Carlos de Godó, Conde de Godó

Editor: Javier de Godó

Consejero de Dirección: Horacio Sáenz Guerrero

Director: Francesc Noy

Director adjunto: Manuel Ibáñez Escofet

Subdirectores: Jaime Arias, Luis Foix, Roger Jiménez, Vladimir de Semir
Secretario general de la Redacción: Josep M. Casaus

Redactores-jefe: Lorenzo Gomis (Coordinación editorial), Carlos Nadal (Internacional)
J. R. González Cabezas (España), Miguel Martín y Joaquín Escudero (Cataluña)

Domingo García (Deportes), Angeles Masó (Espectáculos)
Ignacio Grases (Edición), Manuel Lamas (Diseño), Miquel Villagrana (Confección)

Economía: Juan M. Hernández Puértolas - Cultura: Josep Ramoneda - Política catalana:
Margarita Sáenz-Diez Trías y Oriol Domingo - Religión: Jordi Piquer
Sucesos: E. Martín de Pozuelo

Administrador: Ramón Pascual - Director General: Carlos Fajardo

Adjunto a Gerencia: Germán de Beascoechea

Director Técnico: Jaume Francés - Talleres del Pueblo Nuevo: José Romero

Contabilidad y Presupuestos: Josep M. Masó - Publicidad: Angel García Latasa

Personal: Joan Pons - Compras: Juan F. Morillo - Distribución: Pablo Tesón

Secretario de Administración: Esteban Sillué

Jefe de la Secretaría del Editor: Enrique Moreno

Difusión controlada por O.J.D.

No, no son iguales

Las grandes aspiraciones humanas son las más propicias a la utilización partidista. Palabras como libertad, justicia, paz... despiertan una resonancia sentimental poco menos que automática. Por desgracia, no basta pronunciar la palabra para traer la realidad que evoca. Por eso en política hace tiempo que se ha aprendido a utilizar las palabras para desactivar el instrumento de análisis, la razón, que le sirve al hombre para progresar. Cuando se acuerda de usarlo a tiempo, por supuesto.

He aquí, por ejemplo, la palabra paz. Acaso ninguna como ella responde a una angustia actual. ¿Podremos sobrevivir?, nos preguntamos todos. ¿No llevarán los armamentos cada vez más poderosos a destruir la vida humana, a dar a la historia de nuestra especie un final apocalíptico? ¿Quiénes están en favor y quiénes están en contra de la paz?

Un veterano dirigente comunista, Ignacio Gallego, ha dimitido de sus cargos en el partido y ha aparecido en un acto de otro grupo comunista disidente, el PCC, que proclama agotada -si no falaz- la fórmula eurocomunista. En sorda rivalidad con el antiguo líder comunista Santiago Carrillo, Ignacio Gallego anuncia que no desmentirá a quien asegure que en su mitin ha dado vivas a la revolución, a Lenin, a los bolcheviques. Y mirando hacia el actual dirigente, Gerardo Iglesias, ha hecho un elogio del himno La Internacional. Y he aquí que aparece en su discurso el gran tema de la paz. Si sus rivales proclaman que están contra los bloques militares, el señor Gallego da un paso más.

Tiene razón el señor Gallego cuando afirma que los dos bloques no son iguales. En el mismo fin de semana en que pronunciaba su discurso se celebraban manifestaciones antinucleares en la Alemania occidental, en protesta contra la anunciada instalación de misiles en varios países miembros de la Alianza Atlántica. En uno de los dos bloques pueden pronunciarse discursos contra el armamento que entra en los planes de los propios gobiernos -elegidos por sufragio popular-, organizarse manifestaciones y hasta se queman banderas sin que pase nada especialmente grave. Y en cuanto a discursos y manifestaciones, al contrario. Se congregan multitudes, resuenan los aplausos y los medios de comunicación difunden informaciones sobre los actos.

En el otro bloque nadie pronuncia otro discurso que el que también puede pronunciarse en Occidente: en favor de la paz y contra el imperialismo americano y la carrera armamentista que desencadena en su enorme afán por acumular beneficios, como dice Ignacio Gallego. Nadie dice nada contra los misiles soviéticos y nadie trata de explicar por qué misteriosa razón han llegado a conseguir superioridad en el espacio europeo. La superioridad soviética promueve, seguramente, la «pax soviética», bajo la cual discursos críticos y manifestaciones organizadas resultan no sólo innecesarios, sino imposibles.

No, realmente, no son iguales los dos bloques.

Genscher y Gromyko

No se comprende muy bien cómo los ministros de Asuntos Exteriores de los aliados soviéticos podían pensar que existían posibilidades de llegar a un acuerdo en Ginebra, pese a proclamarlo repetidamente.

Una explicación quizá pueda encontrarse en el hecho de que la Unión Soviética -así se lo dio a entender Gromyko a Genscher en sus conversaciones- todavía albergaba la esperanza de que los Estados Unidos presentaran en Ginebra, donde sendas delegaciones están negociando la cuestión, "nuevas propuestas más amplias".

Después de que Gromyko expusiera a Genscher durante un monólogo de una hora y media de duración la posición soviética en la cuestión de los cohetes, Genscher hizo una clara declaración de solidaridad con los Estados Unidos, y expuso la posición occidental, según la cual los cohetes franceses y británicos son elementos disuasorios pertenecientes a su propia política defensiva, y que además no pertenecen a la categoría de armas de alcance medio.

En resumen, parece que Gromyko haya tratado de aprovechar el deseo alemán de mantener buenas relaciones con la Unión Soviética para atraer a la gran potencia económica europea a una posición flexible. Pero, después de mostrar su fidelidad occidental en el terreno de la defensa nuclear, Genscher ha querido dejar claro, al término de su infructuoso encuentro con Gromyko, que no por la discrepancia en la cuestión de los cohetes deben deteriorarse las relaciones entre alemanes y rusos. Las relaciones internacionales, vino a ser la conclusión de Genscher, no pueden reducirse a las negociaciones sobre misiles de alcance medio. Aunque esta cuestión sea la que interesa a Moscú en estos momentos.

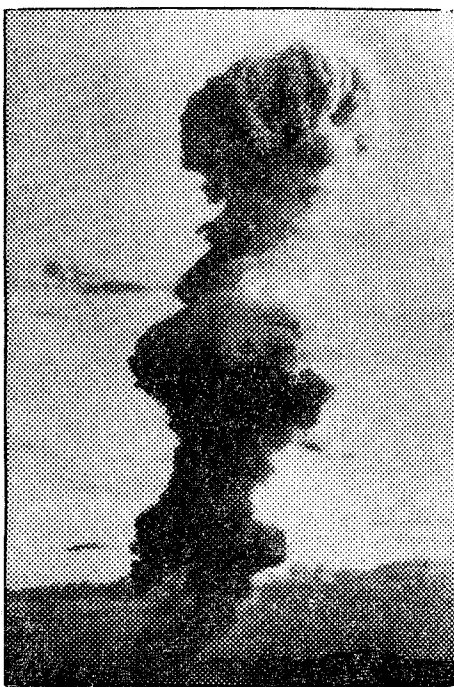
El terror nuestro de cada día

De eso, en definitiva, no andamos cortos: de "terror". No hará falta explicar la situación en que vivimos, y la vivimos en todas partes. La cosa empieza con la gran amenaza de una guerra nuclear, que no dejaría títtere con cabeza, y podríamos ponerle un límite cotidiano, casi normal, en las "crónicas de sucesos". Entre la hecatombe siempre inminente y los atracos, los asesinatos, las mafias callejeras, los riesgos de accidentes mortales, se intercala una larga serie de angustias, más o menos geográficamente dispersas, de guerrillas y guerrillas, de torturas y atentados, matanzas locales estremecedoras, y, lo demás, sequías agobiantes, inundaciones devastadoras, un terremoto aquí, un volcán allá, plagas apenas mitigables, y hambre, hambre, hambre entre millones y millones de habitantes del planeta Tierra. Lo meto todo en el mismo saco a sabiendas, porque lo que ahora me interesa destacar es lo insinuado al principio: no nos faltan las ocasiones de tener "miedo". De hecho, deberíamos tenerlo de manera permanente. Uno no sabe, cuando sale de casa, lo que le puede ocurrir. Lo cual -y acepto la objeción- no es ninguna novedad "histórica"...

No lo es, en efecto. Desde que el mundo es mundo, por decirlo de algún modo, nunca dejó de haber guerras, y Caín se cargó a Abel, las calamidades producidas por la madre naturaleza se sucedieron sin interrupción, el hambre ha sido generalmente endémica, y la tendencia a extorsionar al prójimo, crónica. Lo de hoy, por razones harto conocidas, unas cualitativas y otras cuantitativas, sin embargo, nos lleva a un extremo que carece de precedentes. Y en ello, me lo temo, estaremos todos de acuerdo. Por ejemplo, desde Chenguis-Jan a Napoleón, los grandes matarifes de la historia resultan insignificantes en comparación con las barrabazas de Hitler o Stalin, y lo que se nos anuncia, con esa parafernalia de misiles, bombas y otros artilugios en trámite de confección, superará en mucho a este par de insignes energúmenos. Y Mr. Truman, que no fue realmente un energúmeno sino un tendero vulgar y corriente, ordenó el episodio de Hiroshima y Nagasaki. Por lo demás, los trucos para violentar al vecino son en la actualidad más variados y sutiles que antes... A pesar de lo cual, el "miedo" correspondiente, el que tendríamos que padecer la población subalterna, casi no se nota.

De vez en cuando, sí, hay conatos de protesta. Se organizan manifestaciones, se recogen firmas -yo siempre firmo, en estas pataletas verbales-, se monta alguna pequeña violencia contra el aparato de la previsible violencia, pero el "miedo" no llega a movilizar las masas. Tal vez porque no hay "miedos colectivos". No lo sé. Lo que cuentan acerca del pánico cristiano al acontecer el año 1000 sea un poco exagerado. A estas alturas, con la cifra del 2000, podría repetirse el asunto, y no hay señal de que así sea. En lo del primer milenario se temía la ira de Dios; en el próximo habrá que temer ese embrollo de diplomáticos, políticos y Estados Mayores, y sería bastante más razonable. ¿De qué confianza nos valemos para reaccionar -o no reaccionar- así? Y junto al Gran Terror, las anécdotas terroríficas. Quizá con un poco de prudencia logremos esquivar el agobio, y luego, en un domicilio cauteloso, nos dedicamos a la lectura, a ver la tele o a hacer el amor. Pensamos que con eso hemos conjurado "el Mal". Es posible.

Pero lo que me choca, en este contexto, es una cierta afición, mayoritaria, por el terror ficticio. Quizá no sea tan mayoritaria como digo, pero existe, y con clientela abundante. Son los que van al cine para ver, exactamen-



Explosión atómica

te, una película de "terror", y los que leen novelas de "terror", los que se encandilan con filmes de "terror". Suelen ser personas pacíficas, de comportamiento amable, indiferentes ante lo que les acecha, y que, deliberadamente, buscan un miedo artificial y por persona interpuesta: el gusto por este "escalofrío" -no siempre coincide con el famoso "suspense"- merecería una investigación serena, y si los señores que se dedican a la semi-ciencia llamada "psicología" tuviesen algún rato libre, podrían dedicarse a hacerla. En primer lugar, para averiguar por qué unas multitudes determinadas "disfrutan" con el terror. Y lo de menos -o no, ¡alto!- es la condición de ese terror: fantasmas, demonios, dráculas, brujas, sabios locos y otros ingredientes parecidos en estos géneros. Y, enseguida, para precisar el extraño fenómeno social en que estos falsos terrores prosperan, cuando los otros, los verdaderos, los que nos acorralan con armamentos sofisticados, con rabias sociales mal definidas, y con las definidas, y el "crimen" subalterno, sea "pasional" o de "intereses", están ahí.

CUANDO una sencilla ama de casa es víctima de un "tirón" -y en su momento sólo llevaba unas pocas pesetas- se asusta "después" del episodio, y, ya repuesta, acude al televisor para apasionarse y padecer con un relato de pandilleros o de gánsters, o con un capítulo de Frankenstein o del quietesco Superman, ¿qué pasa? O cuando el botiguero -Casares admite la palabra- de la esquina, a quien unos chicos enmascarados le apuntaron con pistolas de juguete y le robaron los ingresos del día, tras denunciar el acto y tomar una tacita de tila, se entretiene con el miedo suplementario de una novela de ladrones y serenos o con las aventuras infantiles del "Llanero solitario", ¿cómo justificarlo? Yo mismo -*mea culpa!* (¿culpa?)- he de confesar que, un día, intentaron matarme y muy calculadamente con un par de artificios de "goma 2", y al día siguiente volví a un papel abrumador de Dashiell Hammett, más excitante que el doloroso atentado de que había sido objeto. Todo ello es tan confuso como idiota. Alguien tendría que ocuparse de ello. Y abrírnos los ojos. Bueno: yo los tuve bien abiertos entonces, y nunca olvidaré la tenta-

tiva de asesinar me, ni de los que la alentarón, ni de sus cómplices parlamentarios -"reformistas" hoy, gusanos sobre el cadáver de don Melquiades Álvarez-, ni de un gobernador civil que le echó tierra a mi "terror" en nombre de UCD, ni de...

He hablado de mí. Otros -muchísimos- podrían hacer otro tanto. Y lo que habría de preocuparnos es eso: el terror como distracción, cuando lo tenemos a la vuelta de la esquina. Puede que los psicólogos al uso consigan convencernos que tenemos necesidad de un terror -o miedo- ficticio para desentendernos del terror -y del miedo- real. ¿No es eso lo que, en última instancia, podría deducirse del comportamiento de las sociedades preindustriales (o prerracionalistas)? Todos los folklores tienen su sector "terrorífico", que se basa en ogros, alimañas antropófagas, ánimas en pena... Algunos -y muy bellos- poemas de don Joan Maragall, sin ir más lejos, recogían estas fantasías. Para Maragall eran una excusa poética. Los cuentos y "rondalles" tradicionales fueron una opción diferente: no literaria, sino aquella con que los abuelos entretenían a sus nietos a la hora de dormir. Era una mitología con hadas y con individuos siniestros, combinados. O eran otra cosa, como algunas que redactó el reverendo Alcover de Mallorca. El "terror", auténtico o falaz, siempre ha estado ahí. Y me temo que muchas pesadillas de los críos han dado, más tarde, graves consecuencias a través del Código Penal. Tan nefastos son los cuentos de hadas como los cuentos de ogros.

Y acabo, tiernamente, con una convocatoria al "miedo". Hemos de ser conscientes de que tenemos un miedo entre pecho y espalda. Por muchos motivos: miedo al cáncer o a la cirrosis, miedo al espadón y al banco, miedo al clérigo que excomulga y al anarco que reprocha, miedo a ser viejo y miedo a que te tomen el pelo. Deberíamos ser más sensibles al miedo. No al miedo de los libros y de las películas, que ya son, sin quererlo, instructivos. Sino a todos los miedos que nos acosan. Sigo sin entender los miedos reales cuando los involucran en los miedos de la patraña -y aquí evoco a mi paisano Timoneda-: una sucinta divisoria entre un miedo y otro sería eficaz. Hay que tener miedo de la Casa Blanca y del Kremlin, y de otros tinglados paralelos. Yo lo tengo. ¿Podría "inventarse" un pacto conciliador? No, por supuesto. No un pacto: al menos una tregua. Bien mirado, todo lo que traman los imperios hegemónicos y hostiles es una tregua. Nadie quiere ser el primero en disparar.

Y que no disparen. Porque no sólo, con el primer disparo, se acabarían Buda, Platón, Cristo, Marx, Keynes, Wittgenstein, la entera poesía lírica, Mann, Joyce, el glorioso marqués de Sade, Picasso, santo Tomás y sus discípulos, el Corán y la Tora, sino que no quedaría ni una rata para contarlo. Pero hemos de tener miedo de una noción negativa -nuestras escalas de valores (incluyendo las bobadas de Nietzsche) son muy discutibles-, y repito, de una noción negativa a una voluntad revulsiva, ¿costaría demasiado? No tenemos miedo al miedo, y es un error. Yo diría que debemos reconocer que somos cobardes, y lo somos. Cobardes ante un misil soviético que nos caiga encima, y cobardes los del otro lado del telón de acero cuando "esperan" el misil de la Casa Blanca, o del Pentágono, o de un sargento enviado desde Panadessa o del Ku Klux Klan. Nuestro "miedo" tendría que ser más vivo. O se nos comerán por el tobillo. Unos u otros.

Joan FUSTER

Cartas de los lectores

Respuesta a don José Alberti

Señor Director:
Referente a la carta publicada el pasado día 26 en esta misma sección, como regidor presidente del Consell Municipal del Districte III quisiera informar al comunicante de la preocupación que, debido al aumento espectacular de aperturas de los establecimientos citados por el señor Alberti, esta problemática provoca.

Efectivamente, sería necesaria una revisión de la normativa que autoriza la proliferación desordenada de estos establecimientos y quizás, también, de sus horarios de cierre para evitar las molestias a los vecinos.

En este sentido el Consell del Districte III tiene solicitadas entrevistas con el gobernador civil y, a su vez, con los diversos departamentos del Ayuntamiento central, de los cuales depende este tema para, entre todos, hacer los esfuerzos necesarios en la búsqueda de soluciones a corto plazo.

La Vanguardia agradece las cartas de sus lectores y tiene también en cuenta las no publicadas. Escogemos con preferencia para su inserción -íntegra o condensada, según el espacio disponible y el interés del tema- las cartas breves, de no más de veinticinco líneas a máquina, escritas a doble espacio y por una cara. Todas deben poder aparecer firmadas con nombre y apellidos. No publicaremos cartas con seudónimo o iniciales. Recordamos a nuestros comunicantes que debemos tener constancia de sus señas completas -preferible con teléfono- y que no nos es posible mantener correspondencia ni atender visitas o llamadas respecto a cartas no publicadas.

Quisiera añadir, para finalizar, que la Guardia Urbana, dentro de la limitación que le imponen sus reducidos efectivos, redobla sus esfuerzos para minimizar con su actuación las molestias a los vecinos.

Félix AMAT
Regidor-Presidente
del Consell Municipal
del Districte III

Importaciones indiscriminadas

Señor Director:
Vine a España para dirigir una empresa extranjera en 1956. En esos años era necesario argumentar exhaustivamente para obtener licencias de importación. Las pocas divisas disponibles eran concienzuda y honradamente administradas por los jefes de los Negociados del Ministerio de Comercio.

Desconozco los aspectos de política internacional que han impulsado a liberalizar las importaciones, pero imagino que la esperanza de entrar en el Mercado Común, puede haber sido un factor determinante, además de la mayor disponibilidad de divisas. Pero parece que esa esperanza se esfuma en lontananza, gracias a la oposición de Francia.

¿Cómo se puede continuar con el derroche de divisas en artículos de lujo como coches, ropas, alimentos, televisores, radios, electrodomésticos, etcétera? Parecería que globalizar nuevamente las importaciones sería lo indicado, ayudando a la industria nacional. No pretendo inmiscuirme en las altas esferas de la economía, pero me hago la pregunta: ¿se puede continuar permitiendo

las importaciones indiscriminadas?

Raoul HERMITTE

La fibra "Alcántara"

Señor Director:
En su periódico del sábado 24 de septiembre y en la página 23, se insertó una gacetilla (o artículo) en donde decía textualmente: "Próximamente será presentada en España una fibra textil que los productores califican de 'revolucionaria' y según ellos, es el descubrimiento más importante en el sector desde la aparición del nylon. La fibra se denomina Alcántara".

No es cierto que esta fibra sea nueva en España, puesto que hace bastante tiempo que aquí se fabrican y venden prendas de Alcántara y puedo asegurarlo, pues hace cuatro años que tengo un abrigo de dicha fibra fabricado y comprado en España. Como podrá comprobar, se pueden encontrar en tiendas de nuestra península.

Josefa MULA ARIAS